

gencia sobre las preocupaciones, y de los pueblos sobre los gobiernos, no fué la obra de una época ni quizás de un pueblo solo. Fué la obra de la Filosofía toda, que tras largos siglos de tiranía y de opresión, de esclavitud y de padecimientos, hizo salir de los mismos muros de la Bastilla la aurora de la libertad!

Y es digno de observar, señor Presidente, como cosa extraña y providencial, que al par de los oprimidos, los opresores concurrieron á la revolución sin sospecharlo ni quererlo.

Entre los innumerables hechos que pudiera yo citar, ejecutados ora por la tiara de los papas, ora por la corona de los reyes, ahí está, rígida como el Destino, la declaración de 1682, extendida por la Asamblea general del clero de Francia, con motivo de la desavenencia que existía entonces entre Innocencio XI y Luis XIV por la cuestión del *Patronato regio*. Redactada por el obispo de Meaux, bajo la inspiración y órdenes de Luis XIV, y recibida como un triunfo por los ascéticos y laboriosos moradores de Port-Royal, que habían sido siempre vistos de reojo, cuando no perseguidos y anatematizados por las dos cortes, esa declaración compuesta de los siguientes artículos:

1º—El papa no tiene ninguna autoridad sobre lo temporal de los reyes.

2º—El Concilio general es superior al Papa;

3º—Las libertades de la Iglesia galicana son inviolables;

4º—Las decisiones del Papa en materia de fe no son irreformables sino después de aceptadas por toda la Iglesia; no sólo ponía en duda la infalibilidad y supremacía del Papa, colocando el Pontificado bajo la tutela del Concilio, sino que, como lo ha hecho notar un gran historiador de nuestros días, por el artículo 2º aceleraba el movimiento revolucionario, poniendo la autoridad de la nación sobre la autoridad del rey y sometiendo el gobierno de uno solo al gobierno tumultuoso de las asambleas.

Y ese despota absoluto, que quería ser obedecido de rodillas, y que por una especie de panteísmo político incalificable, arrojado como una provocación á la faz de la irritada muchedumbre, no tuvo reparo en sobreponerse á la nación, diciendo: *el Estado soy yo*, no sospechó siquiera el alcance de una declaración, que había de producir la caída del absolutismo y levantar sobre las ruinas de la monarquía el cadalso de Luis XVI.

Fácil me sería continuar sobre este punto, para hacer más palpable mi ~~discurso~~ mi discurso se va haciendo demasiado largo, y temo, sobre todo, apurar vuestra paciencia.

Bien comprendo, señor Presidente, los altos fines que esta sociedad se propone, y que entre las delicadas funciones que nosotros tendremos que cumplir, aquí en donde hay exuberancia de vitalidad y de progreso, habrá muchas que sean superiores á nuestras fuerzas, si las consideramos aisladamente; pero unidos por estrechos vínculos y animados por una sola idea y un solo sentimiento, no nos será imposible encaminar nuestros pasos hacia el porvenir, y llegar, más tarde ó más temprano, al término de nuestras aspiraciones.

He dicho.

Impresiones de una época de exámenes.

(Concluye.)

La noche va á tender su tenebroso manto sobre la faz de la tierra.

El sol lumínico fecundo que preside al día oculta ya su dorada crencha al través de escuetas montañas y con su retirada se verifica la de los trabajadores, entre los que se cuenta el padre de Ramón, que como niño yace entregado en brazos de Morfeo. Un sueño dulce aunque agitado le ha sobrecoigido; con los labios entreabiertos balbucea algunas palabras que no se entienden, pero que si se entendieran harían leer el fondo de aquella pequeña alma.

Después de cenados y entrada en horas la noche, los padres de este niño se retiran á su dormitorio donde queda hecho el recuerdo por parte de la madre. Ya cumple nuestra delicadeza retirarnos hasta con la mente.

Los demás días de trabajo como el primero, si bien con ligeras modificaciones admiten la misma reseña con más algunas notas enviadas á los padres de los morosos recomendándoles la asistencia.

León el primer día de diciembre en

que para este grado tendrán lugar los exámenes privados de Director y maestro. El Director se presenta con su lista y empieza el examen. A tomarsus libros, dice el maestro.—Se me olvidó, dicen dos ó tres, como usted nada nos dijo. Pues únense con otros. Conmigo, conmigo, y todos se disputan la gloria de servir á sus compañeros y ellos se reunen y agazajan y experimentan placer en servirse. Busquen la página 173, y lea Juan. Si puede decirse que entre los...

..... el caba... Dígame usted, qué signo hay después de caballo. Una coma. El que sigue..... que quiere decir ese Buffón. El nombre de un sabio. I sabe usted como se llaman esos hombres que se dedican al estudio de ciencias naturales. El examinando mira el techo, y uno por lo bajo dice: naturalista. No más espíritusantos dice el maestro; y de esta manera ú otra análoga, para las demás asignaturas.

Tiempo es ya que dejemos de ocuparnos de la clase en particular, y que tratemos de la escuela en general.

Ya llega la víspera de la visita y examen del Inspector; no hay clases porque la premura del tiempo lo exige. Los niños pasean por el corredor más risueños y contentos que una mañana del mes de abril. Arreglo el jardinillo, dice uno. Si ustedes quieren; y empiezan la tarea de poda y deshierba con tal ardor que bien podría tomarse por pequeños leones que devoran su presa. Nunca más á propósito para infundir en el niño conocimientos de historia natural: mira, dice el maestro, que estropeas los estambres á esa flor, y él retira la mano y conoce los estambres y pétalos y corola y cáliz y todo guiado por un instinto de sabiduría. En un abrir y cerrar de ojos está todo terminado; se procede á la colocación de mapas y asientos y el salón queda cerrado. No olvidaremos aquí la discusión de algunos que pretendían que fuera jardincito y jardinito y no jardinillo; así como también la juiciosa observación de un maestro que decía: si no hubiera vacaciones después del examen sería imposible mantener el orden.

Empieza el día siguiente el acto público. La clase que va á ser examinada entra con su maestro á donde está constituido el tribunal; maestro y discípulos ocupan sus puestos, suena el timbre y empieza el examen.

Variado es por demás el cuadro de colores que presentan los examinandos sentados en susillas ó bancos. Algunos más encarnados que rosas y otros más blancos que jazmines del cabo y los más, cenizos de la frente á la nariz y blancos de la nariz á la barba; unos tragan saliva y otros ni eso tragan por que ha desaparecido. El Inspector manda á uno que lea, y momentos hay en que otro tiene que buscarle la página, tal es la impresión que le produce la presencia del tribunal.

Cuando no acierta á contestar interroga con la vista á su maestro, como diciendo ¿qué digo? y también el maestro le contesta con la cabeza como diciendo, yo te lo enseñé.

Cada contestación desacertada, es ni más ni menos, zaeta que hiera el corazón del maestro y carmín que colora sus mejillas. Cuando por el contrario, hay contestaciones acertadas, un placer inefable se siente, un cúmulo de dichas atesora sobre sí el educador, y da á su alumno una sonrisa de aprobación, que lleva envuelta todo lo que de satisfacción hay en el alma; sonrisa que parece llevar consigo pedazos del corazón y que es la más simpática de las sonrisas. Momentos hay en este día en que el maestro se siente como transportado por un algo sobrenatural: silfos y génius bullen

en su derredor; la mitad de su alma está en sí, mientras que la otra media está entre sus discípulos: en ese momento el maestro es un hombre á medias, es un *cuervo loco*.

Así terminan los exámenes, siendo las mejores contestaciones las últimas, y las más contundentes las que proceden de preguntas hechas por el maestro.

Al siguiente día los actos de calistenia y canto tienen que hacerse. Los niños abandonan su lecho, más temprano que de costumbre, apenas raya la aurora colorando el mundo con variados matices; dando más hermosura á las fragatas flores, flores con que natura engalanó este valle, y nueva vida á las avecillas canoras que en dulces gorgeos y melodiosos trinos saludan la venida de un nuevo sol; cuando á nuestra vista se presenta un cuadro superior en magnificencia á todos los hasta aquí descritos; los pequeños ostentan sus más vistosos trajes y sus mejores calzados; la puerta de la escuela se abre diez ó veinte minutos antes de la hora de reglamento, y aquel pequeño ejército entra ufano en el cuartel del progreso. También los maestros y maestras llevan tiros largos los primeros, y prendidos tules y razos las segundas. Los saludos parecen que fueran más de etiqueta y expresivos que otros días; parece que Carreño estuviera allí personificado.

Suena la campana y los alumnos ocupan sus puestos prevenidos de antemano. Los profesores van de un lado á otro afanosos cual si se tratara de descubrir la cuadratura del círculo. El profesor de calistenia da la voz de ¡firmes!, uno de los maestros se acerca á la puerta é invita á pasar las personas que allí se han reunido. El piano deja oír sus arrobadoras notas herido por la hábil mano del profesor de canto que lo registra con el doble objeto de cerciorarse de su bondad y de repasar á la vez las piezas que se van á ejecutar. Empiezan los ejercicios de calistenia con alineaciones, marchas flexiones y por último masas y ejercicios en el trampolín. Marchando y entonando una cancioncita entran en el salón donde el profesor de música les acompaña á piano y cien ó más voces dan sus cánticos al viento. Aquello más que examen parece una fiesta infantil.

Terminados los dichos trabajos, procédese á la distribución de premios acompañando cada uno, de una corta y sentida alocución á las que muchas veces no faltan lágrimas, lágrimas que producen la emoción. Cuando han terminado los discursos, grandes y pequeños abandonan aquel recinto, unos con el corazón henchido de placer y otros cabizbajos y pensativos.

Terminada, pues, mi revista, séame permitido por un momento alzar mi débil voz, inspirándome para ello en los pensamientos de Víctor Hugo; diré: duplicad ¡oh! gobiernos vuestros centros de instrucción sino quereis ver con pena, hasta centuplicarse los centros de corrección. Vivid en la convicción de que el mejor y más esplendente boato de una nación consiste en dar calor y vida á la instrucción, pedestal indestructible á quien el largo tiempo en vez de derribar, afianza; base única sobre que puede descansar la grandaza, orgullo y felicidad de los pueblos.

LEONCIO N. BELLO

Señor Redactor de "El Artesano."

San José.

Liberia, enero 17 de 1890.

Muy estimado señor mío:

Me doy el gusto de dirigirle mi prime-